

4 de junio de 2024 - Martes de la 9ª semana par

[2 Pe 3,12-15a.17-18; Mc 12,13-17](#)

Homilía

El hecho históricamente más atestiguado -incluso fuera de los Libros Sagrados- sobre Jesús de Nazaret es que fue juzgado y ejecutado por las autoridades romanas acusado de alta traición. Cuando los Fariseos, Escribas y Sacerdotes llevaron a Jesús ante Poncio Pilato para que fuera condenado a muerte y ejecutado por las autoridades romanas, utilizaron contra él la siguiente acusación: «Hemos encontrado a este hombre alborotando nuestra nación: nos impide pagar el tributo al César...». (Lucas 23:2). Por tanto, es importante analizar detenidamente el suceso relatado en el relato evangélico que acabamos de leer, ya que fue el que utilizaron las autoridades judías para mandarle ejecutar como agitador político.

Jesús era muy comprensivo con la debilidad humana y mostraba una compasión estremecedora por todo tipo de pecadores. Pero había una cosa que no soportaba: la hipocresía. No soportaba la hipocresía de las autoridades judías que oprimían política, social y económicamente a su propio pueblo en nombre de la religión. Y desde luego no soportaría la hipocresía que hoy ve en el Evangelio la base de una supuesta distinción entre política y religión que en muchos casos nos permite no dejarnos influir por el Evangelio en nuestras actitudes y actividades en el orden social y económico. En realidad, tal distinción (que es otra cosa que la autonomía de cada esfera de autoridad) es un concepto moderno y puramente pagano.

El pueblo de Israel vivía bajo la dominación romana. Hay muchos indicios en el Evangelio de que Jesús estaba tan preocupado como los zelotes, los Fariseos, los esenios y cualquier otro grupo similar por que Israel se liberara de este imperialismo romano. Pero su preocupación iba mucho más allá que la de cualquiera de estos grupos. Quería llegar a la raíz de toda opresión y dominación: es decir, la falta de compasión del hombre por el hombre. Si los Judíos seguían careciendo de compasión unos por otros, ¿serían más libres después de librarse de la ocupación romana? Si los Judíos continuaban basando sus vidas en los valores mundanos del dinero, el prestigio, la solidaridad de clan y el poder, ¿no sería la opresión romana simplemente sustituida por una opresión judía igualmente implacable?

A Jesús le preocupaba la liberación de una forma mucho más verdadera que a los zelotes. Querían un cambio de gobierno (¡hoy diríamos «cambio de régimen»!) de romano a judío. Jesús no tenía ningún problema con eso. Pero quería que ese cambio afectara a todos

los aspectos de la vida. Vio lo que nadie más vio: que la opresión y la explotación económica de los Judíos venían de dentro y no de fuera. La clase media judía, que se rebelaba contra Roma, oprimía a su vez a los pobres e incultos. El pueblo llano sufría más la opresión de los escribas, fariseos, saduceos y zelotes que la de los romanos. Las protestas de esta clase media contra los romanos eran hipócritas. Y éste es el quid de la famosa respuesta de Jesús a la pregunta de si era legítimo pagar impuestos al César.

En la práctica, la ocupación romana significaba impuestos romanos. En la mente de los Fariseos, pagar impuestos al ocupante romano significaba dar al César lo que pertenecía a Dios, es decir, la propiedad de Israel. Pero Jesús podía ver que todo esto era una mera racionalización, una excusa hipócrita para su avaricia. No tenía nada que ver con el verdadero problema.

En su pregunta, preguntaban si estaba permitido pagar impuestos al emperador. La respuesta de Jesús no se refería a pagar, sino a devolver. «Dad al César lo que es del César», les dijo. Esta respuesta muestra que Jesús vio la verdadera razón detrás de todos los problemas que tenían con esta cuestión de los impuestos. Los que hacían esta pregunta estaban ellos mismos en posesión de monedas romanas. Estas monedas llevaban la efigie y el nombre del César. No era dinero de Dios; era dinero del César. Si te niegas a devolver al César lo que es del César, sólo puede ser por tu amor al dinero. Pero, añade Jesús, «devuelve a Dios lo que es de Dios», es decir, devuélvele a su pueblo, al que has apresado y esclavizado. Si realmente quisieras devolver a Dios lo que le pertenece, venderías todas tus posesiones y se las darías a los pobres; renunciarías a tu poder y a tu prestigio.

El verdadero problema era la opresión en sí, no el hecho de que el Imperio Romano se atreviera a oprimir al pueblo elegido. La raíz de toda opresión es la falta de compasión. Visto en estos términos, las obligaciones de pagar impuestos a las autoridades romanas en lugar de a las autoridades judías eran mínimas comparadas con las obligaciones que sufrían los judíos pobres y pecadores a manos de sus conciudadanos ricos y «justos». Había que eliminar todas estas molestias, pero Jesús era mucho más sensible a los sufrimientos a los que estaban sometidos los pobres y pecadores, como revelan varios relatos evangélicos.

Jesús no reprochó a los Fariseos que fueran demasiado «políticos». En cierto sentido, les reprochaba ser demasiado «religiosos», es decir, oprimir a sus hermanos y hermanas en nombre de una religión sin amor.

¿Quién sabe? Quizá nosotros mismos seamos a veces demasiado

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

«religiosos»...

Armand Veilleux